

# EN TORNO A LA OBRA DE MAQUIAVELO EN EL 500 ANIVERSARIO DE "EL PRÍNCIPE"

Por Teresa Cid Vázquez

Prof<sup>a</sup> Dra. de "Historia del Pensamiento Político  
y de los Movimientos Sociales"  
Universidad CEU-San Pablo de Madrid.

Sempre staranno ferme le cose di dentro,  
quando stieno ferme quelle di fuora

MAQUIAVELO, *El principe*, XLX

## SUMARIO

1.- Maquiavelo, secretario, diplomático y escritor. 2.- Algunas interpretaciones del pensamiento maquiaveliano: a) Maquiavelo como cínico; b) Patriota y precursor de la unidad italiana; c) Científico de la política. 3.- Tres imágenes de la política: a) *El principe nuovo*; b) *El fundador mítico*; c) *El ciudadano republicano*. 4.- Virtud, fortuna y necesidad. 5.- Bibliografía.

## I. MAQUIAVELO, SECRETARIO, DIPLOMÁTICO Y ESCRITOR

**S**i siempre es aconsejable contextualizar la obra de un pensador político acudiendo a una descripción de sus experiencias vitales y de los acontecimientos históricos que vivió, en el caso de Maquiavelo parece obligado. La imagen de Maquiavelo está todavía fuertemente asociada al uso de su nombre como calificativo: lo maquiavélico ha desplazado a Maquiavelo, y su leyenda, a su obra. Su figura histórica, adopta aún hoy, tonos sombríos<sup>1</sup>. Nicolás Maquiavelo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469 en el seno de una familia de clase media urbana, aunque procedente de una vieja rama aristocrática y

<sup>1</sup> Cf. R. DEL ÁGUILA, «Maquiavelo y la teoría política renacentista», en F. VALLESPÍN (ed.), *Historia de la teoría política*, Alianza Editorial, Madrid 1991, vol. 2, 77.

rural. Fiel servidor de la República florentina, tras la caída de ésta buscó, sin demasiado éxito, un empleo público bajo los Médicis. Trabajador y diplomático incansable, escribió miles de páginas informando de sus legaciones, y se revela en ellas, al igual que en sus obras propiamente teóricas, como un agudo observador de la situación política de su tiempo.

Eran tiempos difíciles para su ciudad natal. Por un lado estaban las presiones de la ambiciosa república veneciana, por otro Roma y el papado, cuyas intenciones de restaurar el poder temporal de la Iglesia eran patentes. Por si esto fuera poco, César Borgia, hijo del papa Alejandro VI, intentaba la unificación de los señoríos independientes de la Romagna en un Estado centralmente administrado. Como colofón las ambiciones imperialistas de franceses y españoles hacían que en suelo italiano acamparan dos de los ejércitos más poderosos del mundo, ocupando territorios milaneses y napolitanos. Esta situación hacía de la diplomacia un arte refinado y peligroso. La obra política de Maquiavelo refleja claramente este continuo estado de emergencia.

Y si la situación exterior era intranquilizadora, en el interior de la República florentina las tensiones políticas sociales y económicas estaban al orden del día. Desde 1434 a 1494 Florencia fue formalmente una república, pero en la práctica estuvo completamente dominada por la familia Medici. En 1494, ante la presión de los ejércitos franceses, Piero, hijo de Lorenzo el Magnífico, huyó de Florencia, dejando el camino expedito a la creación de una república de corte popular bajo la influencia de Savonarola. Aunque el fraile dominico nunca gobernó Florencia, su influencia a través de la exhortación moral fue enorme.

Frente a él todavía se mantenían fuertes varios grupos importantes. Primero, los simpatizantes de los Médicis, en segundo lugar, una facción antiausteridad. En estas circunstancias, el papa Alejandro VI, irritado por las continuas críticas del fraile, lo excomulgó en 1498. El nuevo gobierno electo no cuenta con partidarios suyos. Savonarola, el "profeta desarmado" como Maquiavelo le llamaba, es encarcelado y condenado a morir en la horca. Su cuerpo es quemado el 23 de mayo de 1498. Cinco días, Maquiavelo es nombrado Secretario de la Segunda Cancillería de la República de Florencia, joven aun —29 años— y desconocido. No es arbitrario suponer que el nuevo secretario se encontraba ligado con vínculos bien precisos con la oposición victoriosa<sup>2</sup>, que le había propuesto como segundo Secretario de dicha Cancillería en febrero de ese mismo año, y fue entonces derrotada la propuesta.

El 22 de septiembre de 1502 se designó a Piero Soderini, que había desem-

<sup>2</sup> Cf. L. DIEZ DEL CORRAL, *La monarquía hispánica en el pensamiento político europeo. De Maquiavelo a Humboldt*, en *Obras Completas*, t. 3, Centro de Estudios políticos y constitucionales, Madrid 1998, 2089.

peñado altos cargos y representado a Florencia como embajador en Venecia. Soderini aceptaría el consejo de Maquiavelo que no tardaría mucho en convertirse en guía e inspirador de la política florentina<sup>3</sup>. Esta política estaba condenada a la humillación y a la derrota. Florencia, que en 1500 no pudo tomar Pisa, debió pagar caro el inútil envío de auxilios franceses.

Como señala Luis Diez del Corral conviene traer a colación estos datos para salir al paso de la leyenda romántica de un Maquiavelo desconocido de sus contemporáneos, relegado en el Palazzo Vecchio al cumplimiento de funciones inferiores a su capacidad, enviado en misiones diplomáticas siempre con la calificación de mandatario, nunca de embajador, persona no grata entre la alta aristocracia florentina. Una buena parte de la oligarquía florentina hizo, en efecto, objeto de sus ataques a Maquiavelo, impidiendo que ocupara puestos honoríficos por considerarlo demasiado ligado (su *mannerino* o carnero castrado) a Soderini.

Con frecuencia se ha minusvalorado el rango burocrático de Maquiavelo al frente de la Segunda Cancillería. La Primera Cancillería se ocupaba sobre todo de problemas mercantiles y judiciales, ocupada por egregias figuras del humanismo florentino. La Segunda tenía en sus manos toda la organización territorial, asumía muchas veces las funciones de un moderno ministerio del interior, y su relieve político era, ciertamente, superior al de la Primera Cancillería. Un mes después de primera elección, el 14 de julio, Maquiavelo asume también la Secretaría de los Diez de la Libertad y la Paz, que era, de hecho, la clave de toda la bóveda gubernamental. Porque, si es cierto, que los *Signori* regían constitucionalmente el Estado flanqueando al *Gonfaloniere* (alférez mayor) los *Dieci* mantenían las relaciones con los embajadores e intervenían decisivamente en la dirección de la política exterior. Además, tal Consejo era la cabeza de toda la organización militar, es decir, los *Dieci* se asemejaban al ministerio de la guerra y el de asuntos exteriores. Como los *Signori* y los *Dieci* constituían magistraturas temporales, la continuidad del oficio se encontraba asegurada en la práctica por la burocracia, al frente de la cual estaba Maquiavelo.

Por tanto, Maquiavelo era el hombre que debía ser atacado, bien por la oposición antisoderiniana, pues como afirma Villari<sup>4</sup>, Maquiavelo tuvo un gran poder sobre Piero Soderini y le secundaba para mejor dominarle; bien por la oposición que formaban los partidarios de los Médicis. Maquiavelo constituía la

<sup>3</sup> Cf. P. VILLARI, *Maquiavelo, su vida y su tiempo* (Versión española de A. Ramos-Olivceira y J. Lucino), Biografías Gandesa, México 1953.

<sup>4</sup> A propósito de las biografías sobre Maquiavelo, Rafael del Águila señala que la biografía de R. RIDOLFI, *Vita di Niccolò Machiavelli, Sansoni*, Florencia 1978, ha desbancado a la monumental de P. Villari (cf. R. DEL ÁGUILA, *Maquiavelo y la teoría política renacentista*, o.c., 171).

figura clave de toda la burocracia republicana florentina. Otra cosa bien problemática pero cierta es que Maquiavelo no recibiese los honores exteriores que tantos requerían y lograban, varias veces le fue negado el derecho a ser nombrado *oratore* o embajador haciéndose alusiones imprecisas y vagas a sus orígenes. La respuesta a estas cuestiones debe encontrarse en el nacimiento del padre de Maquiavelo, hijo natural de Nicolás di Buoninsegna, el cual debió legitimarlo *in articulo mortis*. En la sociedad florentina, la ilegitimidad constituía una pesada carga, que se heredaba y obstaculizaba la carrera política de los descendientes.

Los florentinos consideraban su Estado-ciudad como algo pequeño e insignificante en comparación con los grandes Estados protonacionales que se iban desarrollando fuera de Italia. Veían la mano de Francia o de España detrás de cualquier acontecimiento que ocurriera en la escena italiana. No es de extrañar, pues, que sintieran necesidad de contar con buenos embajadores. Además, por el carácter partidista del gobierno de una república como la de Florencia, escindida entre *ottimati* y *popolani*, la diplomacia tenía que discurrir por diversos cauces. Personas de mediano relieve social pero vinculadas burocráticamente al gobierno de la ciudad y en relación estrecha con la cabeza del mismo —el *Gonfaloniere vitalicio*— ejercían funciones de vigilancia sobre embajadores pertenecientes a familias aristocráticas. Maquiavelo fue enviado a Alemania para vigilar al embajador Francesco Vettori, que se convertiría en su gran amigo, y llevó mensajes reservados de Piero Soderini para Luis XII.

Quien cuente el número de veces que Maquiavelo conversó con Luis XII y sus principales ministros durante sus cortos viajes, no puede incurrir en la postura de ciertos intérpretes propensos a compadecerse a toda costa por la mala suerte del gran pensador, perseguido no solo en tiempo de los Médicis sino también en los de la República, que le encomendó misiones diplomáticas con rango inferior al que se merecía. A juicio de L. Díez del Corral, «más que dolerse de las condiciones en que se desempeñaron las funciones de Maquiavelo, debemos considerarlas favorables para su misión fundamental de escritor. El no tuvo que hacer *Memorias* ni escritos de descargos con el fin de justificar altas responsabilidades, y se encontró libre y óptimamente preparado para escribir obras que le han dado fama»<sup>5</sup>.

Los libros de Maquiavelo deben muchísimo al aprendizaje del autor, en su doble condición de Secretario y agente diplomático. La preeminencia dada, por lo general, a ciertos capítulos de *El príncipe*, nos hacen olvidar demasiado que su autor fue, en terminología moderna, un especialista de Derecho constitucio-

<sup>5</sup> L. DIEZ DEL CORRAL, *La monarquía hispánica en el pensamiento político europeo. De Maquiavelo a Humboldt*, en *Obras Completas*, o.c., 2094.

nal comparado, no formado eruditamente con lecturas de gabinete sino forjado sobre el yunque de los problemas efectivos de la política italiana y europea<sup>6</sup>. Ese duro yunque es marcial, de hecho, casi todas las misiones diplomáticas llevadas a cabo por el autor del *Arte de la guerra* giran en torno a ella, lo que se compagina muy bien con su concepción de la política: *saper fare la guerra*, es algo paralelo a *saper comandare*. El saber diplomático es mediador entre ellos.

En septiembre de 1512, la República florentina a la que Maquiavelo había servido los últimos catorce años dejó de existir. Maquiavelo esperaba poder seguir sirviendo a Florencia bajo los Medicis, pero fue destituido. Poco después fue abortado un complot contra los Medicis y se descubrió una lista de posibles simpatizantes del golpe en la que aparecía el nombre de Maquiavelo, arrestado y torturado en el potro, reivindicó su inocencia. Mientras, en 1513, Juan de Medici es elegido papa con el nombre de León X, Florencia está de fiesta, las cárceles se abren y Maquiavelo es liberado.

Retirado en Sant'Andrea siguió intentando un nombramiento desde el cual poder demostrar su lealtad a Florencia y a los Medici. A la negativa de estos últimos de atender sus peticiones debemos *El príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Tenemos la seguridad de que *El príncipe* fue escrito en 1513 gracias a la correspondencia entre Maquiavelo y su amigo Francesco Vettori. Además de enviarle el libro en su primera versión, consultó con él la idea de presentarlo como regalo a Giuliano de Medici. Nunca se decidió a hacerlo y en ello debió de influir el silencio de Vettori al respecto. A la muerte de Giuliano escribió una dedicatoria para el heredero Medici, Lorenzo, y debió corregir el capítulo final que contiene una exhortación a Lorenzo de Medici para liberar a Italia de los bárbaros. No hay evidencia segura de que remitiera a éste finalmente la obra.

Maquiavelo conocía la historia, conocía a fondo la política italiana, conocía Europa como ningún italiano de su tiempo. Durante catorce años había servido en un puesto de confianza; muchas veces inspirado, la política de un Estado italiano. La caída de la república y la consiguiente restauración de los Médicis, que en 1512 le apartaron de la vida activa imponiéndole el ocio de la vida privada, iban a transformarle en un teórico de la política. Intenta ahora escribir sobre política. Todo lo que la historia y la práctica le habían enseñado sobre la fundación, la conservación, el progreso de los gobiernos autoritarios o libres, se ordenaba ahora en una vasta obra.

Como escritor fue uno de los más sinceros de cuantos han existido: «La honradez profesional del escritor, que consiste en exponer al lector el propio y verda-

---

<sup>6</sup> Ib., 2095.

dero pensamiento, sin cuidarse del éxito o del fracaso del libro, o de las ventajas o de los daños que pueda aportar a su autor, la poseyó Maquiavelo en grado excepcional y esta vez la sinceridad contribuyó al éxito, porque hizo gustar mejor el contenido de *El príncipe*<sup>7</sup>. Fue honrado en su vida privada, honrado como funcionario, porque siempre sirvió con lealtad a sus superiores, y honradísimo como escritor, quería dictar reglas del arte de engañar en la vida política, de lo que ahora se llamaría alto arribismo. Pero no era su oficio. Si realmente hubiese sido un astuto y un arribista, él, dado su genio, hubiese hecho una carrera mucho más brillante, no habría muerto pobre y, sobre todo, se habría abstenido de escribir *El príncipe*, porque los verdaderos astutos de todos los tiempos y países saben perfectamente que la primera regla de su arte consiste en no revelar a los otros el secreto del propio juego<sup>8</sup>.

Si el maquiavelismo significa engaño o hipocresía, entonces Maquiavelo no fue un maquiavélico. Nunca fue un hipócrita<sup>9</sup>. Cuando se leen sus epístolas familiares sorprende encontrarse ahí con un Maquiavelo tan distinto de nuestras concepciones y prejuicios; un hombre que habla francamente, abiertamente, y con una cierta ingenuidad. Lo que se dice del hombre vale también para el autor. Era todo menos diplomático. Nunca encubrió ni disimuló sus juicios y opiniones; dijo lo que pensaba de una manera firme y brusca. Su pensamiento y su estilo no muestran ninguna ambigüedad, son claros, inequívocos.

Se dice que durante su última enfermedad, igual que durante toda su vida, gustó de contar historias. Entre ellas destaca la siguiente<sup>10</sup>. Un día cayó dormido y se soñó muerto. Vio en el otro mundo a los pobres y benditos del Señor en el paraíso. Los nobles y sabios que discutían sobre asuntos de Estado (entre ellos se contaba Plutarco, Platón, y otros) habían sido, sin embargo, condenados al infierno. Cuando la visión se desvaneció alguien le preguntó con quiénes le gustaría estar y respondió que prefería la compañía de mentes nobles a un paraíso atiborrado de mendigos. Poco después confesó y murió entre sus familiares. Fue enterrado el 21 de junio de 1527 en la iglesia de la Santa Croce.

---

<sup>7</sup>Cf. G. MOSCA, *Historia de las doctrinas políticas*, Reus, Zaragoza 2008, 155.

<sup>8</sup>Ib., 156.

<sup>9</sup>Cf. E. CASSIRER, «La nueva ciencia política de Maquiavelo», en ID., *El mito del Estado*, FCE, México-Buenos Aires, 1947, 143.

<sup>10</sup>Cfr. R. DEL ÁGUILA, «Maquiavelo y la teoría política renacentista», o.c., 91.

## 2. ALGUNAS INTERPRETACIONES DEL PENSAMIENTO MAQUIAVELIANO

Muerto Maquiavelo, maquiavelismo y antimachiavelismo nacieron. Para el antimachiavelismo, Maquiavelo era la encarnación de las fuerzas del mal, enemigo de la moral, de la religión, y de la fe. Y sin embargo, probablemente, la realidad era "maquiavélica" antes de Maquiavelo. Mientras la teoría política se desbordaba en indignación, el político práctico leía con avidez sus consejos. En el transcurso del tiempo, nuestro autor encontró aliados de la talla de Bacon, Montesquieu o Rousseau. Para Francis Bacon es por encima de todo el supremo realista, debemos agradecerle, al menos «el que diga decididamente y sin disimulo lo que los hombres acostumbran a hacer, no lo que deben hacer». Entre las innumerables interpretaciones que del pensamiento maquiaveliano se han realizado, Rafael de Águila<sup>11</sup> destaca tres: Maquiavelo como cínico, patriota precursor de la unidad italiana, y como científico de la política.

### a) *Maquiavelo como cínico*

Es muy posible que la leyenda que hace de Maquiavelo la encarnación del mal siga viva en parte como consecuencia de la brutalidad y aparente cinismo de ciertas afirmaciones que se leen en su obra. En efecto, en ella encontramos consejos como los de que a un nuevo príncipe le es necesario asesinar a la familia del antiguo, que no hay mejor manera de asegurar una posesión que devastarla, que los hombres solo pueden vengarse de las ofensas cuando éstas son pequeñas, de modo que hay que hacérselas de tal manera que se vean incapacitados para la venganza, etc. La "inmoralidad" que preside estas y otras tesis similares es la que da origen a la corriente interpretativa que presenta a Maquiavelo como un cínico.

Visión sostenida por los escritores contrarreformistas de los siglos XVI-XVII. Pero ha sido fundamentalmente Leo Strauss<sup>12</sup> el que, en el siglo XX ha realizado la interpretación más coherente en este sentido. Para Strauss, Maquiavelo es un maestro del mal, que persigue primordialmente la destrucción de la moral cristiana. Su obra vendría a ejemplificar una especie de transvaloración de los valores, esto es, la sustitución de la enseñanza normativa cristiana por la maquiavélica. La inmoralidad de las acciones políticas por él recomendadas es el reflejo de una verdad más profunda: para Maquiavelo la moralidad no puede existir si no es defendida y creada por medios inmorales. Por eso, en su visión del mundo el lugar de la religión y de ética es tan solo el de instrumentos para la conservación del orden y

<sup>11</sup> *Ib.*, 93 ss.

<sup>12</sup> L. STRAUSS, *Meditación sobre Maquiavelo* (trad.), I.E.P., Madrid 1964.

la seguridad. En este sentido, religión y ética no estarían relacionadas con ninguna esfera trascendente sino con intereses específicos de oligarquías dominantes<sup>13</sup>. Maquiavelo sería un maestro de tiranos, un consejero de poderosos. El cinismo de la teoría política maquiaveliana se mostraría concluyentemente en la tesis de que cualquier medio, por inmoral que resulte, es políticamente válido siempre que sea eficaz al mantenimiento, engrandecimiento, etc., del propio poder.

Feijóo se esfuerza por deshacer el mito del maquiavelismo, negando no solo la utilidad y el carácter racional de la doctrina del florentino, sino también su genial maldad: «El maquiavelismo debe su primera existencia a los más antiguos príncipes del mundo, y a Maquiavelo solo el nombre. Su raíz está en nuestra naturaleza. Ni más ni menos que es natural en el hombre la pasión de dominar, lo es también la de amplificar la dominación»<sup>14</sup>. Siempre hubo Maquiave- los, es más, el Maquiavelo florentino resulta una especie de ursulina si lo comparamos con los que produjo la Antigüedad, señala Feijóo.

Los valores de Maquiavelo pueden ser erróneos, peligrosos, pero son sinceros. Él no es cínico<sup>15</sup>. El fin es siempre el mismo: un Estado concebido mediante la analogía con la Atenas de Pericles o Esparta, pero por encima de todo, la República romana. Al juzgar los medios ve solamente los fines: si el Estado se hunde todo está perdido. De aquí el famoso párrafo del capítulo 41 del tercer libro de los *Discursos*, donde dice:

«cuando es absolutamente un asunto de la seguridad del propio país, no debe haber consideración de lo justo o lo injusto, de lo misericordioso o lo cruel, de lo laudable o lo vergonzoso; en lugar de ello, poniendo a un lado todo escrúpulo debe uno seguir hasta lo último cualquier plan que salve su vida y conserve su libertad».

El fin excusa los medios aun en términos de ética pagana, si éste es suficientemente elevado. Bruto tuvo derecho a matar a sus hijos: salvó a Roma. Soderini no tuvo estómago para perpetrar tales hechos y arruinó a Florencia. Savonarola, profeta desarmado, acaba en el cadalso.

### b) Patriota y precursor de la unidad italiana

Pero la leyenda de Maquiavelo enemigo del cristianismo no es la única. Si en la literatura del siglo XVII, se describía a Maquiavelo como la encarnación

<sup>13</sup> Cf. *Discursos* I, 11 y ss.

<sup>14</sup> *Teatro crítico universal*, t. V, discurso IV, par. 18.

<sup>15</sup> I. BERLIN, «La originalidad de Maquiavelo», en ID., *El estudio adecuado de la humanidad. Antología de ensayos*, PCE, Madrid 2009, 170.



del diablo, dos siglos después, esta idea sufrió una inversión completa. El juicio negativo sobre Maquiavelo cambia en el siglo XIX. La tesis de que Maquiavelo era por encima de todo un italiano y un patriota, que por encima de todo hablaba a su propia generación, y si no solamente a los florentinos, en cualquier forma solo a los italianos, y que debe ser juzgado en términos de su contexto histórico, es una posición común a Herder y Hegel<sup>16</sup>.

Herder, en sus *Cartas para el progreso de la humanidad*, declara que es un error considerar *El príncipe* como una sátira, o como un libro de política pernicioso. Maquiavelo era un hombre recto y honrado, agudo observador, devoto amigo de su país. El engaño sobre el libro fue debido a que nadie lo consideró dentro de verdadera circunstancia. Este libro no es ni una obra satírica, ni un manual de ética. Es una obra maestra de política escrita para los contemporáneos de Maquiavelo. Nunca tuvo la intención de ofrecer una teoría general de la política. Simplemente retrató las costumbres, los modos de pensar de su tiempo.

Esta opinión fue aceptada por Hegel, él fue el primer apologista de Maquiavelo. Lee a Maquiavelo en tiempos de las Guerras Napoleónicas, después de haber renunciado Francisco II a la corona del Imperio Germánico. El derrumbe político de Alemania parecía un hecho consumado. En un tratado inédito sobre la *Constitución de Alemania*, escrito en 1801, Hegel empieza con estas palabras: «Alemania ha dejado de ser un Estado». En este estado de ánimo, en una situación política que parecía completamente desesperada, Hegel leyó *El príncipe* de Maquiavelo. Y creó haber encontrado la clave de esta obra tan denunciada y tan elogiada. Consideró que había un exacto paralelo entre la vida pública alemana en el siglo XIX y la vida nacional italiana en el periodo de Maquiavelo.

Igual tendencia aparece en la filosofía política de Fichte. En 1807, publicó un ensayo sobre Maquiavelo en la revista *Vesta* de Koenigsberg. Alaba el realismo político de Maquiavelo y trata de disculparlo de todas las acusaciones morales. Esta interpretación de la obra de Maquiavelo fue la predominante en el siglo XIX. El nombre de Maquiavelo, que había sido antes una palabra ofensiva, se valoró cada vez más.

Desde esta nueva perspectiva, los juicios anteriores sobre *El príncipe* de Maquiavelo eran inadmisibles. Por otra parte, el nacionalismo se había convertido, desde los comienzos del siglo XIX, en la tendencia más poderosa y la fuerza directriz de la vida política y social. Estos dos movimientos repercutieron hondamente en la apreciación de la obra de Maquiavelo. La constitución del Estado nacional alemán se preparó en buena medida con el auxilio de la figura mítica de Maquiavelo, aplicándose con entusiasmo tanto Fichte como

---

<sup>16</sup> Ib., 174.

Hegel a la heroificación del florentino y a la consagración moralista de su pensamiento.

Marx llama a la *Historia de Florencia* una "obra maestra" y Engels habla de Maquiavelo como uno de los "gigantes" de la Ilustración; la crítica soviética es más ambivalente: para Gramsci es por encima de todo un revolucionario innovador que dirige sus rayos contra la vieja aristocracia feudal y contra el papado: su *Príncipe* es un mito que significa la dictadura de fuerzas nuevas, progresistas; en última instancia el futuro papel de las masas<sup>17</sup>.

La anterior identificación de Maquiavelo con el diablo es sustituida por una especie de divinización. Los patriotas italianos invocaron siempre con entusiasmo el último capítulo de *El príncipe de Maquiavelo*. Cuando Vittorio Alfieri publicó su obra *Del Príncipe e delle lettere* (1806) no vaciló en calificarlo de *divino Machiavelli*. Durante el *Risorgimento* italiano, la figura de Maquiavelo patriota desbanca a la anterior y se configura como un nuevo mito, según el cual la teoría política maquiaveliana no es más que un eco de su lucha desesperada por conseguir la unidad de Italia y su liberación del dominio extranjero. Es cierto que Maquiavelo afirmará en más de una ocasión que amaba a su patria más que a su alma (carta a Vettori, 16-4-1527). Y que consecuentemente, consideraba que la patria era digna de defensa por cualquier medio, con ignominia o con gloria. Si la salud y seguridad de la patria están en peligro, debe optarse por aquel curso que salve su vida y mantenga su libertad<sup>18</sup>. Maquiavelo, profeta del moderno Estado nacional, cerraría *El príncipe* con una exhortación a Lorenzo de Medici en la que le anima a la consecución de la unidad de los italianos, y la construcción de una patria libre y segura, no de una tiranía.

Sin embargo, Maquiavelo patriota y profeta de la unidad italiana, no deja de ser una lectura que presenta algunos problemas. El primero puede localizarse en su principal documento de apoyo: el capítulo 26 de *El príncipe*, en él la palabra *stato* no aparece ni una sola vez, lo que no dejaría de ser asombroso si efectivamente el logro de un Estado nacional fuera el objetivo de la exhortación. En segundo lugar, en muy distintos lugares de sus escritos, nuestro autor muestra muy pocas esperanzas en que las repúblicas italianas consigan su unidad (Carta a Vettori, 10-8-1513). Por ello parece más adecuado interpretar ese capítulo 26 como la petición de una alianza temporal, hegemonizada por Florencia, entre las ciudades italianas, con el único objetivo de la expulsión de los ejércitos extranjeros<sup>19</sup>. Por lo demás, en ese último capítulo hay en él utopía e idealismo si se

<sup>17</sup> Cf. I. BERLIN, «La originalidad de Maquiavelo», o.c., 177.

<sup>18</sup> *Discursos*, III, 41.

<sup>19</sup> F. GILBERT, *Machiavelli and Guicciardini. Politics and History in The Sixteenth Century Florence*, Princeton University Press, 1965.

confronta con el análisis que el propio Maquiavelo realiza en el resto del libro. De ahí las dificultades para definir la teoría política de Maquiavelo en clave nacionalista.

A juicio de E. Cassirer<sup>20</sup>, el historicismo y el nacionalismo han contribuido a confundir el juicio sobre su obra. Desde los tiempos de Herder y Hegel se dice que es un error considerar *El príncipe* como un libro sistemático, como una teoría política. Maquiavelo, se dice, jamás pensó en ofrecer tal teoría, escribió con vistas a un propósito especial y para un reducido círculo de lectores. A nosotros nos parece muy natural considerarlo todo dentro de su propia circunstancia. Pero esta no era la actitud de Maquiavelo, ni era la del Renacimiento, no conocían nuestro relativismo histórico moderno; creían todavía en una belleza absoluta y en una absoluta verdad.

Maquiavelo era un gran historiador, pero su concepción de la historia era muy distinta de la nuestra. A él le importaba la estática, no la dinámica de la vida histórica. No le interesaban los rasgos particulares de una época histórica determinada, sino que buscaba los rasgos recurrentes, esas cosas que son iguales en todo tiempo. Nosotros creemos que la historia no se repite nunca, él piensa que se repite siempre:

«Cualquiera que compare el presente con el pasado, dice él, percibirá en seguida que en todas las ciudades y en todas las naciones dominan los mismos deseos y pasiones que han dominado siempre; razón por la cual debiera resultar muy fácil para quien examine con cuidado los acontecimientos pasados, prever los que van a producirse en cualquier república, y aplicar aquellos remedios que los antiguos emplearon en casos semejantes [...] Pero, como quiera que estas lecciones no las aprovechan o no las entienden los lectores, o si ellos las entienden, entonces las ignoran los caudillos, de ahí se sigue que los mismos desórdenes son comunes a todos los tiempos»<sup>21</sup>.

Quien quiera predecir lo que va a suceder debiera, por lo tanto, considerar siempre lo que ha sucedido, pues de todo suceso humano, sea presente o venidero, hay una copia exacta en el pasado. De esta visión estática de la historia se sigue que todos los sucesos históricos son intercambiables. Físicamente, tienen un lugar determinado en el espacio y en el tiempo; pero su significación y su carácter permanecen invariables.

Maquiavelo, que emplea para la exposición de sus propias ideas políticas un comentario a la obra de Tito Livio, ciertamente no comparte la concepción de

<sup>20</sup> Cf. E. CASSIRER, «La nueva ciencia política de Maquiavelo», en ID., *El mito del Estado*, FCE, México-Buenos Aires, 1947.

<sup>21</sup> *Discursos*, libro I, cap. XXXIX.

nuestros modernos historiadores, según la cual cada época tiene que ser medida con sus propias reglas. Para él, todos los hombres, en todas las épocas están en el mismo nivel. Emplea el mismo tono para hablar de Alejandro Magno, y César Borgia, de Aníbal, etc. En el mismo capítulo en que trata de los "nuevos principados" del Renacimiento habla de Moisés, de Ciro, de Rómulo y Teseo<sup>22</sup>. Hasta los mismos contemporáneos de Maquiavelo, los grandes historiadores del Renacimiento, notaron y criticaron este defecto de su método. Guicciardini hizo sobre este punto observaciones muy interesantes<sup>23</sup>.

Observa Cassirer que si un pensador emprende la elaboración de una nueva teoría, de una verdadera ciencia política, no puede tener ciertamente la intención de restringirla a casos especiales: «Maquiavelo no escribió para Italia, ni siquiera para su propia época, sino para el mundo —y el mundo lo escuchó—. Jamás hubiera él estado de acuerdo con el juicio de sus críticos modernos. Su obra política la consideraba él como Tucídides consideraba su obra histórica. Veía en ella una posesión perdurable, no una cosa efímera»<sup>24</sup>. Su intención no era describir sus propias experiencias personales, o hablar para un público especial. Utilizó, claro está, su experiencia personal. Maquiavelo escribía historia como un político y no como un historiador, y en muchas ocasiones estaba más preocupado por extraer lecciones, principios y doctrinas que por seguir fielmente el desarrollo de los hechos<sup>25</sup>.

Cassirer señala otro prejuicio que a su juicio ha impedido a muchos autores modernos obtener una adecuada visión de *El príncipe*. La mayoría de dichos autores comienzan con un estudio de la vida de Maquiavelo. En ella esperan encontrar la clave de su teoría política. Gracias a la investigación biográfica moderna, el Maquiavelo de tiempos anteriores, el sanguinario Maquiavelo, ha desaparece por completo. Ahora vemos a Maquiavelo como era realmente: un hombre honrado y recto, un patriota ferviente, un escrupuloso servidor de su país, un hombre dedicado a su mujer y a sus hijos<sup>26</sup>. Sin embargo, es un error tratar de proyectar sus cualidades personales a su obra. Entonces nos pasan inadvertidos sus méritos y sus defectos fundamentales. Lo que ha confundido con frecuencia nuestro juicio no es solamente la hipertrofia de nuestro interés histórico, sino la del psicológico. Las generaciones anteriores se interesaban por el

<sup>22</sup> Vid. *El príncipe*, cap. VI.

<sup>23</sup> Vid. F. GUICCIARDINI, «Considerazioni intorno ai Discorsi del Machiavelli», *Opere inedite de F. Guicciardini*, Florencia 1857.

<sup>24</sup> E. CASSIRER, «La nueva ciencia política de Maquiavelo», en ID., *El mito del Estado*, 151.

<sup>25</sup> Cf. F. CHABOD, *Scritti su Machiavelli*, Einaudi, Torino 1964 (trad. esp., F.C.E., México 1984).

<sup>26</sup> Cf. P. VILLARI, *Maquiavelo, su vida y su tiempo* (Versión española de A. Ramos-Oliveira y J. Luolmo), Biografías Gaudesa, México 1953.

libro mismo y estudiaban su contenido; nosotros comenzamos psicoanalizando al autor. En vez de analizar y someter a crítica los *pensamientos* de Maquiavelo, muchos comentaristas se preguntan por sus *motivos*.

Los motivos de un libro, y el propósito para el cual fue escrito, no son el libro mismo. Son nada más una causa ocasional; no nos hacen comprender su alcance sistemático. Muchos estudiosos modernos de Maquiavelo están tan absortos en los detalles de su vida, que ya empiezan a no poder abarcar el todo; los árboles no les permiten ver el bosque. Para salvar la reputación del autor, rebajan la importancia de la obra:

«¿Qué había en *El príncipe*, —pregunta uno de sus biógrafos— que motivara tanta pasión y controversia? [...] La respuesta a esta pregunta es hoy, lo mismo que ha sido siempre: *nada*. No hay nada en *El príncipe* que justifique el odio, el desprecio, la aversión y el horror que sobre él han recaído, así como no hay nada en él que merezca el elogio que le dedican sus entusiastas, quienes han creído ver ahí una interpretación de sus propios actos ideales. *El príncipe* mismo, los procedimientos que se le recomiendan, las finalidades que se le enseña debe tener presentes, todos son productos de la época, y el consejo que ofrece Maquiavelo es el que la experiencia le había enseñado a considerar como el mejor para su tiempo, el único que podía ser comprendido y respetado en esa era»<sup>27</sup>.

Si este juicio fuese verdadero, la fama de Maquiavelo se debería en gran medida a un error. Sus lectores, y no el propio Maquiavelo, habrían creado su fama, la cual solo hubiera podido producirse interpretando mal el sentido de su obra. Si esa interpretación fuese acertada, podríamos considerar todavía a Maquiavelo como un gran publicista y como el representante y propagandista de unos intereses políticos y nacionales particulares, «pero no podríamos ver en él al fundador de una nueva ciencia de la política, al pensador constructivo cuyas concepciones y teorías revolucionaron el mundo moderno y conmovieron el orden social hasta sus cimientos mismos»<sup>28</sup>.

### c) Científico de la política

La última corriente interpretativa, es la de Maquiavelo científico de la política, aunque no exenta de dificultades, parece, en todo caso, capaz de explicar otros elementos de su teoría política<sup>29</sup>. Según ella, las tensiones que entre ética y

<sup>27</sup> J. PULVER, *Machiavelli, the Man, His Work and His Times*, Herbert Joseph, Londres 1937, 227.

<sup>28</sup> E. CASSIRER, «La nueva ciencia política de Maquiavelo», en ID., *El mito del Estado*, 155.

<sup>29</sup> R. DEL ÁGUILA, «Maquiavelo y la teoría política renacentista», o.c., 97 ss.

política aparecen en Maquiavelo son el resultado de un hallazgo fundamental: lo que Benedetto Croce llamó la autonomía de la política<sup>30</sup>, es decir, la independencia de las leyes que rigen el mundo de la política respecto de aquellas normas morales aplicables al campo de la ética. En este sentido, su obra debería ser interpretada no desde la perspectiva de lo moral o lo inmoral, sino desde el punto de vista estrictamente técnico. De hecho, su análisis nunca es el de la censura moral o la alabanza ética, sino el de la descripción fría y detallada de los hechos que se suceden en el mundo de la acción política.

Así, intentó más allá de la mera descripción de hechos, la fundación de un método basado en la observación y la elaboración de teorías que sirvieran puntualmente a ese objetivo. Por esta razón, su enseñanza y su saber político se convertirían en reversibles: servirían tanto a los tiranos como a los gobernantes justos. De este modo, vicio y virtud deberían analizarse poniéndose en relación con su finalidad específicamente política: es ésta la que ocupa su centro de interés, siendo aquellas subordinadas en cualidad.

Seguindo el símil de Shopenhauer, Maquiavelo enseña el arte de la esgrima, pero no enseña al espadachín si debe emplear ese arte en defender a inocentes doncellas o en asesinar venerables ancianos<sup>31</sup>. Cassirer<sup>32</sup> señala que Maquiavelo contempla la política como un juego de ajedrez: conocía sus reglas e intentaba analizarlas, pero nunca se le ocurrió exigir su cambio. Tampoco pasó por su cabeza preguntarse por quiénes jugaban o para qué lo hacían. Esto no le preocupaba a aquel que está interesado por el juego mismo. Lo que le parece imperdonable en un político son sus errores no sus crímenes. No hay horizonte trascendente al contraponer las acciones. De hecho, Maquiavelo entiende al hombre despojado de toda trascendencia, como una pura fuerza natural<sup>33</sup>. Por esta razón puede decirse que nuestro autor recomienda una aproximación técnica, instrumental o estratégica a la política, que no debería considerarse como inmoral sino más bien como amoral.

Según esta lectura, la razón neutral jugaría un papel primordial en la teoría política maquiaveliana, que habría roto definitivamente con las consideraciones morales que caracterizaron al pensar político del humanismo renacentista. En ella la separación entre lo que debe ser y lo que es estaría definitivamente incorporada y de esta forma la razón moderna haría su aparición. El frío técnico de la

<sup>30</sup> Cf. B. CROCE, *Elementi di politica*, Bari 1925.

<sup>31</sup> Cf. R. DEL ÁGUILA, «Maquiavelo y la teoría política renacentista», o.c., 97.

<sup>32</sup> Cf. E. CASSIRER, «La nueva ciencia política de Maquiavelo», en *Id.*, *El mito del Estado*, FCE, México-Buenos Aires, 1947.

<sup>33</sup> Cf. F. MEINCKE, *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, (trad. de F. González Vicén), Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1983.

política sería el creador de una nueva disciplina a que se supone axiológicamente neutral: la ciencia política<sup>34</sup>.

Y sin embargo, tampoco ésta parece ser la interpretación definitiva de nuestro autor. Martin Fleisher<sup>35</sup> ha señalado el papel que las pasiones, y en este sentido lo irracional, juegan en la concepción maquiaveliana de la política. Los términos que el secretario florentino usa más frecuentemente en la descripción de la acción política son *animo, desiderio, voglia, appetito, umore, passione y ambizione*. Este último, por ejemplo, es un concepto que aparecerá más de un centenar de veces en sus dos obras principales. Pero no es solo un problema cuantitativo. En Maquiavelo la ambición constituye de alguna manera un impulso básico de los seres humanos, llegando incluso a determinar los objetivos y los fines en el caso de la política. No es éste un mundo fácil, ni los medios que hay que emplear para sobrevivir en él son agradables. Solo las pasiones dan a los hombres la fuerza necesaria para enfrentarse a este hecho. Por lo demás, tales pasiones, según Fleisher<sup>36</sup>, no pueden ser limitadas por la razón, que pierde así su lugar central en la guía de la actividad política. Como la razón debe aplicarse no a la determinación de los fines, sino a la estratégica elección de los medios, más eficaces, deja de ejercer un control sobre las pasiones y se convierte en su servidora: la fría racionalidad ha sido desbancada por la pasión.

Pero también esta visión parece unilateral cuando se profundiza en ella<sup>37</sup>. Maquiavelo sabía perfectamente que las pasiones podían cegar a la razón y, al hacerlo, llevar a la ruina a quien conducía su acción política dejándose dominar por ellas. En nuestro autor la razón debe dominar a las pasiones en cierta medida si se quieren lograr los fines propuestos. Esto se sigue de ejemplos tales como la exigencia de no confundir la realidad con nuestros desvaríos y deseos respecto de ella<sup>38</sup>. Es la razón la que claramente domina la acción política, pero también está claro que la razón debe estar enraizada en la fuerza de ánimo, si se quiere, en la *virtù*. Ciertamente entonces, el impulso básico está constituido por las pasiones y la voluntad, pero, a la vez, su realización depende del uso correcto de la razón que, por ello mismo, es más que un simple instrumento. La relación entre ambos conceptos es dialéctica: las pasiones pueden cegar a la razón, pero ésta sin aquellas resulta impotente; la razón debe guiar el proceso de consecución de fines, pero solo lo logrará si se enraíza en una *virtù* política adecuada.

<sup>34</sup> Cf. R. DEL ÁGUILA, «Maquiavelo y la teoría política renacentista», o.c., 98.

<sup>35</sup> M. FLEISHER (ed.), *Machiavelli and the Nature of Political Thought*, Atheneum, Nueva York 1972.

<sup>36</sup> *Ib.*, 139-140.

<sup>37</sup> Cf. R. DEL ÁGUILA, «Maquiavelo y la teoría política renacentista», o.c., 99.

<sup>38</sup> *El príncipe*, cap. XV.

Para Rafael del Águila, la visión que Maquiavelo tiene de la política estaría fundamentada en dos supuestos básicos y una conclusión. En primer lugar, según nuestro autor, el espíritu humano es arrogante e inconstante (*capítulo de la ambición*), lo que hace a los hombres seres esencialmente ingratos y volubles<sup>39</sup>, y en general indignos de confianza. En esas condiciones, lo único que la razón política puede hacer es presuponer que los hombres son malos y actuar siempre guiada por esa presuposición<sup>40</sup>.

El segundo supuesto concierne al concepto de fortuna. En la antigua Roma la adoración a la diosa Fortuna estuvo muy extendida. La Edad Media recogió el símbolo, pero el cristianismo hizo variar su significado. De hecho, como san Agustín señaló, el concepto de fortuna no resultaba del todo compatible con el de una providencia todopoderosa. Maquiavelo mantuvo una cierta ambigüedad en el tratamiento de este término, sobre todo cuando, siguiendo una metáfora clásica, la oponía a la *virtù*. La presenta como una diosa cruel que nunca cumple sus promesas y deshace sin piedad, ley o razón, a unos hombres mientras exalta a otros sin motivo aparente (*capítulo de la fortuna*). Si queremos sobrevivir no hay más remedio que oponer a la fuerza aplastante de la fortuna una *virtù* extraordinaria que frene o atenúe su poder omnímodo.

Por eso, de forma coherente, la unión de estos dos supuestos, el ser humano malvado y la fortuna caprichosa y cruel, da lugar a la aparición de una conclusión básica que completa los fundamentos del método de Maquiavelo. Tal conclusión se contiene en un texto de *El príncipe*:

«[...] siendo mi propósito escribir algo útil para quien lo lea, he considerado más apropiado ir directamente a la verdad real de la cosa (*verità effettuale della cosa*) que a su imaginaria presentación. Pues, muchos han imaginado repúblicas y principados que nadie ha visto jamás ni se ha sabido que existirían realmente; y está tan lejos el cómo se vive del cómo se debería vivir, que quien deja de lado lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende más bien su ruina que su conservación»<sup>41</sup>.

Atenerse a la «verdad real de la cosa» es, desde luego, una exigencia de realismo. Atenerse a lo que es, es una *necesidad*, o sea, algo que resulta impuesto tanto al pensador como al político que escucha sus consejos. Y la razón última de esa necesidad estaría probablemente en un condicional del tipo «si se quiere preservar lo que uno tiene», o «si se quiere alcanzar algún resultado político». Con esto se toca fondo en la interpretación del método maquiavelia-

<sup>39</sup> *El príncipe*, cap. XVII.

<sup>40</sup> *Discursos*, cap. I, 3.

<sup>41</sup> *El príncipe*, cap. XV.



no: «es el logro de seguridad, y por ello mismo de autonomía del hombre respecto de su medio, lo que va a definir el esfuerzo de su teoría política. Su intención final es dotar al hombre de resortes que le permitan incrementar su poder sobre el mundo»<sup>42</sup>.

### 3. TRES IMÁGENES DE LA POLÍTICA

El pensamiento político maquiaveliano ha sido considerado tanto un ejemplo de absolutismo como de un republicanismo de corte democrático. A juicio de algunos autores, la razón de este hecho hay que buscarla en las distintas imágenes de la política que es posible aislar en su obra. En este sentido, y siguiendo la terminología de H.F. Pitkin<sup>43</sup>, se encuentran en su obra tres imágenes fundamentales: la del príncipe *nuovo* o el zorro, la del fundador mítico, y la del ciudadano republicano.

#### a) *El príncipe nuovo*

El mundo del príncipe nuevo es un mundo de inseguridad y riesgo incrementados. Los hombres solo reconocen un nuevo orden cuando la necesidad los fuerza a ello, y tal necesidad no puede surgir sin estar rodeada de peligros y desencadenar otros<sup>44</sup>. El nuevo príncipe, el príncipe de una época de cambio e innovación como el Renacimiento, se ve enfrentado a un mundo donde él mismo ha contribuido a destruir los canales tradicionales de legitimación. Es en este medio en el que presenta la imagen política del zorro. El príncipe, sometido a la fortuna y luchando contra todo tipo de condiciones adversas, su único fundamento de actuación es la estrategia, una sutil combinación de medios. Es cierto que en el conjunto de esta estrategia la fuerza no sería la única forma de combatir y que las leyes son el modo propiamente humano de enfrentarse a las dificultades<sup>45</sup>.

Por algo Aquiles y otros príncipes antiguos fueron educados por Quirón el centauro, mitad hombre mitad bestia. Ahora bien, la utilización de la bestia no es tampoco primordialmente la de la fuerza. Una vez más Maquiavelo cree que este papel se escinde en dos: el de león y el de zorro, fuerza y astucia. «Todos entienden cuán laudable sea en un príncipe mantener la fe y vivir con integridad y no con astucia», pero inmediatamente queda desplazado en el capítulo del

<sup>42</sup> R. DEL ÁGUILA, «Maquiavelo y la teoría política renacentista», o.c., 102.

<sup>43</sup> H.F. PITKIN, *Fortune is a Woman. Gender and Politics in the Thought of Niccolò Machiavelli*, California University Press, Los Ángeles y Londres 1984.

<sup>44</sup> *Discursos* I, 2.

<sup>45</sup> *El príncipe*, cap. XVIII.

criterio moralista, porque la realidad cotidiana ha puesto de manifiesto «cómo los príncipes que han sabido valerse de la astucia han vencido finalmente a aquellos fundados sobre la lealtad»<sup>46</sup>.

Hay, puntualiza Maquiavelo en el mismo capítulo, dos modos de combatir: «uno con las leyes; el otro con la fuerza. El primero es propio del hombre, el segundo de las bestias; mas como el primero muchas veces no basta, conviene recurrir al segundo. Por tanto, es necesario que un príncipe sepa usar de la bestia y del hombre». Lo que debe deducirse del modelo de centauro, figura fijada tan gráficamente por el genio griego, es la superación del contraste tajante entre “sabio-prudente” y “astuto-afortunado”. Tal superación no consiste en un camino intermedio. El verdadero camino no es una mixtura ni un término medio, sino una *alternativa continua*, según la naturaleza de las cosas requiera, entre gravedad y ligereza, sabiduría y astucia. *O César o nada*: o llevar una vida privada, una vida inocua e inocente, o entrar en la liza política, luchar por el poder, y mantenerlo por los medios más radicales y despiadados. No hay término medio entre estas dos alternativas.

En último término, el fraude y el engaño tienen un valor político superior al de la fuerza desnuda<sup>47</sup>. Con todo, también la persuasión tiene sus límites. Siempre es difícil mantenerles en la creencia suscitada en ellos solo por la astucia, de modo que hay que tener los medios para «forzarles a creer» cuando convenga<sup>48</sup>. Le dice al gobernante que puesto que las crueldades son necesarias tienen que hacerse pronta y despiadadamente. Un usurpador que haya accedido al trono no debe permitir que nadie se interponga en su camino, tiene que extirpar a la familia entera del soberano legítimo<sup>49</sup>. Esta es la razón del fracaso de los profetas desarmados, entre ellos Savonarola, fueron incapaces de utilizar al león cuando la situación lo hizo necesario.

A pesar de ello, se diría que para Maquiavelo el zorro representa el elemento dominante en esta imagen estratégica de la política, siendo el león un recurso más, necesario, sí, pero subordinado a aquel, que termina por configurarse como un principio rector del comportamiento político. La hegemonía de la astucia sobre la fuerza se muestra en esta *trasmutación de realidad en apariencia*, en esta creación de credibilidad y reputación que toman el lugar de los hechos concretos<sup>50</sup>.

<sup>46</sup> *El príncipe*, cap. XVIII.

<sup>47</sup> *Discursos*, II, 13.

<sup>48</sup> *El príncipe*, cap. XVI.

<sup>49</sup> *Discursos*, libro III, caps. IV, XXX; *El príncipe*, cap. III.

<sup>50</sup> Cf. I. VISSING, *Machiavel et la Politique de l'Apparence*, Presses Universitaires de France, Paris 1986. Un ejemplo concreto de cómo se combinan ambos lo tenemos en las acciones de César Borgia descritas en el capítulo VII de *El príncipe*, particularmente en lo que hace al caso de

Las cualidades del león y las del zorro no son en sí mismas moralmente admirables, pero si una combinación de estas cualidades preservaran a la ciudad de la destrucción, entonces serían las cualidades que los gobernantes deberían cultivar. Maquiavelo no es sádico, no se recrea en la necesidad de emplear la crueldad o el fraude para crear o mantener la clase de sociedad que admira y recomienda. Sus más salvajes ejemplos se aplican solo a situaciones en la que la población es absolutamente corrupta y necesita medidas violentas para volverla a la salud, esto es, donde un nuevo príncipe toma el poder o debe hacerse efectiva una revolución contra un mal príncipe.

Hay en la concepción maquiaveliana una fuerte convicción de que los hombres se dejan guiar más fácilmente por lo aparente que por lo real<sup>51</sup> y, en consecuencia, señala Rafael de Águila, «su teoría política se escora hacia una definición de la práctica como una suerte de ilusionismo de apariencias, que resultan ser el objetivo del empleo de ciertos recursos técnicos»<sup>52</sup>. Ideas como la de que el príncipe debería escapar a la mala reputación, cuando esto es posible, pero no necesariamente evitar el vicio que le da origen<sup>53</sup>; la de que cuando la violencia es necesaria debe administrarse de un solo golpe y los beneficios deben ser otorgados de una manera gradual, lo que crea una imagen de benignidad<sup>54</sup>; la de que el gobernante debe evitar el odio y el desprecio de sus súbditos<sup>55</sup>, etc., son ejemplos de otros tantos recursos técnicos tendentes a *crear* una apariencia benéfica a los intereses del manipulador.

Astucia, cinismo y una cierta ansia depredadora se aúnan en la figura del zorro, cuya estrategia ante el poder solo puede ser una mezcla de fuerza, fraude, violencia y engaño capaz de ofrecer una *imagen* adecuada que asegure su posición. Parece que en esta visión de la política lo único que preocupa es el punto de vista del manipulador, cualquiera que éste sea. Pero el mundo de la política ha exigido ya de él un sacrificio previo: debe «construirse a sí mismo» de acuerdo con las circunstancias, debe llegar a ser una invención, una ilusión más, no una persona. En este sentido, la primera víctima del príncipe es él mismo. Por lo

---

Ramiro de Orco. Éste era un hombre malvado y eficiente al que el Duque concedió plenos poderes para unificar a la Romagna bajo su mando. Pero viendo crecer demasiado su poder y deseando al tiempo borrar la mala imagen que ciertas y abundantes crueldades de su ministro habían producido, decidió dar en él un escarmentado que solventara ambos problemas. Así, le hizo llevar a la plaza de una de sus ciudades «partido en dos mitades, con un pedazo de madera y un cuchillo ensangrentado a su lado». De este modo, la utilización de la fuerza no tenía como único objetivo la eliminación de un enemigo peligroso, sino, y esto es extremadamente importante, *la creación de una apariencia de inocencia* del Duque respecto de los crímenes cometidos por su ministro.

<sup>51</sup> *Discursos*, I, 25; *El príncipe*, cap. XVIII.

<sup>52</sup> R. DEL ÁGUILA, «Maquiavelo y la teoría política renacentista», o.c., 105.

<sup>53</sup> *El príncipe*, cap. XV.

<sup>54</sup> *El príncipe*, cap. VIII.

<sup>55</sup> *El príncipe*, cap. XVI.

demás, esta imagen estratégica de la política reduce al zorro a manipulador cuyo único objetivo es la supervivencia en el poder.

Cautivo de sus propias habilidades técnicas<sup>56</sup>, trata de recrear un mundo político de apariencias donde su seguridad quede garantizada, donde su dependencia respecto de la cruel fortuna sea mínima. Por eso nos dice que siempre es preferible ser temido que ser amado<sup>57</sup>, porque el que logra lo primero se apoya sobre «lo que es suyo» y no depende del voluble capricho de los otros. Desconfianza y temor definen sus acciones. La finalidad de éstas es conseguir autonomía, pero el precio a pagar por la consecución de sus objetivos es el total y completo aislamiento.

Aunque esta imagen de la política no es exclusiva de *El príncipe*, sí es cierto que su análisis más consecuente y pormenorizado se realiza en esta obra. De ahí que sea ésta la imagen de la política más corrientemente asociada a Maquiavelo. No obstante, ya en *El príncipe* y, desde luego, en los *Discursos*, una segunda imagen hace su aparición: la del fundador.

### b) *El fundador mítico*

Si el zorro ve el mundo político desde abajo, desde el peligro constante que lo amenaza, el fundador lo hace desde una omnipotencia casi mítica. Su figura es la de un reformador de proporciones gigantescas con una nula dependencia respecto de la fortuna, a la que solo deberá la oportunidad (*occasione*). Los tiempos en los que su actividad suele desarrollarse son de conflicto y dificultades de tal calibre que solo su *virtù* extraordinaria es capaz de dotarlos de un *orden*. Éste parece ser el contexto en el que habría que entender su exhortación a Lorenzo de Medici del capítulo XXVI de *El príncipe*.

La *virtù* del fundador es tan poderosa que es capaz de crear un orden político duradero. Ésta es quizá la diferencia fundamental entre el nuevo príncipe y la figura del zorro. Parece que la finalidad de la acción política les distinguiría en la medida en que para uno se trata de la obtención del propio beneficio, mientras el otro se esfuerza por lograr el establecimiento de un nuevo origen y de unas firmes bases que hagan posible la vida en una comunidad libre y segura.

A pesar de las diferencias, hay entre ellas elementos paralelos. Para empezar, la visión del fundador también es estratégica. También él utiliza la fuerza y la astucia y requiere el conocimiento de las lecciones aprendidas por el nuevo príncipe, aunque su posición de superioridad le permita jugar con una cier-

<sup>56</sup> Cf. H.F. PITKIN, *Fortune is a Woman. Gender and Politics in the Thought of Niccolò Machiavelli*, o.c., 43.

<sup>57</sup> *El príncipe*, cap. XVII.

ta ventaja respecto de aquél. En ambos casos nos hallamos ante un líder que moldea en mayor o menor medida situaciones y caracteres. En el acto de fundación que da origen al nuevo Estado, el fundador es el único sujeto en sentido estricto, y el resto de la comunidad son los objetos a manipular certeramente para lograr sus objetivos. No parece correcto en estas circunstancias considerar el acto de fundación como prepolítico, sino más bien como la acción política suprema.

Algo más que patriotismo y que la restauración de la Antigüedad fue lo que hizo que Maquiavelo buscara las experiencias políticas centrales de los romanos. A juicio de H. Arendt, la grandeza de su descubrimiento reside en que no podía solo restaurar o recurrir a una articulada tradición conceptual, sino que él mismo tuvo que articular esas experiencias que los romanos no habían conceptualizado sino puesto en términos de una filosofía griega divulgada para esos fines<sup>58</sup>. Advirtió que la totalidad de la historia y de la mentalidad romanas dependían de la *experiencia de la fundación* y creyó que debía ser posible repetir la experiencia romana a través de una Italia unificada. «El hecho de que fuera consciente —escribe Arendt— de los principios contemporáneos del nacimiento de las naciones y de la necesidad de una nueva entidad política, a la que en adelante se llamó con la expresión *lo stato*, hasta entonces desconocido, determinó que se le identificara con el padre de la moderna nación-Estado y de la idea de una razón de Estado. Lo más notable, aunque menos conocido, es que Maquiavelo y Robespierre a menudo parecen hablar el mismo idioma. Cuando Robespierre justifica el terror, “el despotismo de la libertad contra la tiranía”, a veces se diría que está repitiendo palabra por palabra los juicios famosos de Maquiavelo sobre la necesidad de la violencia para hallar nuevas entidades políticas y para reformar las corruptas»<sup>59</sup>.

Esta semejanza es más asombrosa porque tanto Maquiavelo como Robespierre en este aspecto fueron más allá de lo que los propios romanos tenían que decir sobre la fundación. Sin duda, la conexión entre fundación y dictadura se podía aprender de los romanos, por ejemplo Cicerón pide explícitamente a Escipión que se convierta en dictador para restaurar la república<sup>60</sup>. Maquiavelo y Robespierre consideraron, como los romanos, que la fundación era la acción política primordial, el único hecho importante que establecía el campo político público y hacía posible la política, pero a diferencia de los

<sup>58</sup> Cf. H. ARENDT, *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Península, Barcelona 1996, 150. Como observa la autora, muy pocas veces en sus textos Maquiavelo nombra a Cicerón cuyas interpretaciones de la historia romana evita cuidadosamente.

<sup>59</sup> *Ib.*, 156.

<sup>60</sup> *De Republica*, VI, 12.

romanos, para quienes se trataba de un hecho pasado, ambos consideran que para ese “fin” supremo todos los “medios” y en especial los violentos, estaban justificados. Ambos entendieron el acto de la fundación como algo inserto en el hacer, para ellos la cuestión era “hacer” una Italia unificada o una república francesa: no se puede hacer una mesa sin destruir árboles, no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos, no se puede hacer una república sin matar gente. Observa Arendt, que en ese aspecto, que se iba a convertir en algo tan importante para la historia de las revoluciones, Maquiavelo y Robespierre no eran romanos, y la autoridad a la que podían haber apelado podría haber sido Platón, que también recomendaba la tiranía como gobierno, porque en ese sistema «es posible que el cambio se haga con mayor facilidad y rapidez»<sup>61</sup>.

En este doble sentido, del nuevo descubrimiento de la experiencia de la fundación y su reinterpretación en términos de la justificación de los medios (violentos) para un fin supremo, Arendt considera a Maquiavelo «como predecesor de las revoluciones modernas, que se caracterizan con la frase aplicada por Marx a la francesa: una revolución que apareció en la escena histórica con ropajes romanos»<sup>62</sup>. Solo uno de esos intentos, la Revolución americana, tuvo éxito, los padres fundadores, como aún los llamamos, establecieron una nueva institución política sin violencia y con la ayuda de una constitución. Ahora bien, los protagonistas de la Revolución americana no tuvieron que «iniciar un orden de cosas nuevo» en su totalidad; no tuvieron que empeñarse en la única acción de la que Maquiavelo cierta vez dijo: «Nada hay más difícil de llevar a cabo, ni de éxito menos seguro, ni más peligroso de ejecutar»<sup>63</sup>.

El *príncipe nuovo* maquiavélico, que funda los Estados nuevos, es el antecedente del “revolucionario” exaltado románticamente desde la Revolución francesa<sup>64</sup>. Según J.J. Chevallier, Hitler, en *Mein Kampf*, evocaría ese mito: «No vemos reunidos en ese aguafuerte [sobre Hitler] todos los rasgos del “príncipe nuevo” según Maquiavelo? *Príncipe nuevo* adaptado al siglo XX, al siglo de las masas y de los mitos sociales o nacionales desencadenados; al siglo, también, de la fría ferocidad científica»<sup>65</sup>.

<sup>61</sup> *Las leyes*, 711a; cf. H. ARENT, *Entre el pasado y el futuro*, o.c., 151.

<sup>62</sup> *Ib.*, 151.

<sup>63</sup> *El príncipe*, cap. VI.

<sup>64</sup> D. NEGRO PAVÓN, *Historia de las formas del Estado. Una introducción*, El buey mudo, Madrid 2010, 323.

<sup>65</sup> J.J. CHEVALLIER, *Los grandes textos políticos desde Maquiavelo a nuestros días*, Aguilar, Madrid 1955, 371.

### c) *El ciudadano republicano*

La tercera imagen de la política de Maquiavelo es la del ciudadano. Existen en la obra de Maquiavelo una gran cantidad de referencias al pueblo dirigidas a probar el poder político de éste. De hecho, uno de los principales rasgos de su teoría política recogida y valorada entre otros por la interpretación que de él realiza el marxista Gramsci, es aquel que subraya la idea del pueblo como el elemento social y políticamente más importante en el gobierno de una comunidad cualquiera. Sin embargo, su teoría al respecto ha sido a veces incorrectamente considerada como un claro ejemplo de las convicciones "democráticas" de nuestro autor<sup>66</sup>. Maquiavelo habla del *poder* del pueblo no de sus derechos. Esto se refuerza al poner en relación lo dicho con otros elementos característicos de su teoría. Así, por ejemplo, con la importancia concedida a una política de apariencia y fraude, desarrollada por nuevos príncipes y fundadores, en la que se evidencia el peso de la opinión pública para el éxito de la praxis política<sup>67</sup>.

Lo que Maquiavelo viene a decirnos es que no se debe desdeñar al pueblo como poder actuante, acaso el más importante, en la comunidad política, si es que el gobernante desea alcanzar *mantenere lo stato*. Lo que no está en absoluto claro es que el objetivo de la actividad de aquel que tiene el poder sea el cumplimiento de derechos que el pueblo "tiene". Y esto es dudoso porque la definición de tales derechos, si la hubiere, la realiza siempre el líder, sin la intervención de sus seguidores. Maquiavelo nos habla en este sentido del pueblo como *materia* que debe ser "trabajada" por el líder con el objeto de dotar de la *forma adecuada*<sup>68</sup>. El pueblo no ha conseguido la categoría de sujeto activo, manteniéndose por tanto como un elemento muy importante pero pasivo en manos de las figuras políticas de *virtù activa*.

Ahora bien, en otros lugares afirma que aquellos pueblos no corruptos y acostumbrados a vivir libremente no son fácilmente manipulables y menos aún puede obtenerse su obediencia por medios técnicos (astucia, fraude, fuerza...). Hasta tal punto esto es así que, si un nuevo príncipe deseara conquistar un pueblo de estas características la única solución que tiene en su mano es la de destruirlo porque ellos nunca olvidarán su libertad perdida y nunca se someterán<sup>69</sup>. Con todo, cuando Maquiavelo habla de *virtù* política del pueblo lo hace definiéndola como *virtù* de segundo grado. En este sentido, Meinecke<sup>70</sup>

<sup>66</sup> Cf. R. DEL ÁGUILA, «Maquiavelo y la teoría política renacentista», o.c., 109.

<sup>67</sup> *El príncipe*, cap. IX; *Discursos*, II, 24.

<sup>68</sup> *Discursos*, I, 11.

<sup>69</sup> *El príncipe*, cap. V; *Discursos*, II, 23.

<sup>70</sup> F. MEINECKE, *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna* (trad. de F. González Vi-

señala que la *virtù* originaria pertenece siempre al fundador, siendo la del ciudadano derivada.

La superioridad del pueblo sobre los príncipes se limita al mantenimiento de la libertad y no a la creación de su marco histórico-institucional. Ahora bien, en ese papel político el pueblo no es considerado como un pasivo y obediente súbdito al modo hobbesinao. La comunidad que mantiene el *vivere civile e libero* están compuesta por un conjunto de ciudadanos capaces de actuar en pluralidad y conflicto. Ésta es probablemente una de las ideas más originales de Maquiavelo: su valoración de los aspectos positivos del *conflicto*<sup>71</sup>. Para Maquiavelo, el conflicto lejos de ser entendido como una forma de destrucción de la unidad política, se contempla como una fuente de salud y fuerza para la comunidad. Para él la política no es otra cosa que la lucha de opuestos, el equilibrio de tensiones, el reajuste de fuerzas en oposición. Este hecho tendrá como resultado un efecto beneficioso para la comunidad: la creación de *virtù* en lo ciudadanos.

No existe en Maquiavelo esa idea tan querida a las concepciones totalitarias de que la anulación del conflicto o su represión es la fuente de la seguridad política. Por el contrario, la destrucción de lo plural —y del conflicto al que da origen— sería considerada muy probablemente como la destrucción de la política misma. Esa es la razón por la que Maquiavelo, siguiendo a Polibio, recomienda la construcción mixta como la mejor, ya que ella da lugar a ese juego plural entre los distintos grupos, *grandi* y *popolo*. Nada más lejos que la concentración absoluta del poder en manos de un líder, que sin embargo sí la necesita para crear el contexto histórico-institucional en el que el conflicto esté garantizado y regulado.

¿Cuáles son los límites del conflicto? Maquiavelo había puesto de manifiesto en sus escritos cómo las luchas internas habían debilitado y destruido la República de Florencia, mientras había valorado muy positivamente los antagonismos políticos en la antigua Roma, que la condujeron al dominio del mundo<sup>72</sup>. Solo una diferencia esencial entre ambas sociedades podría explicar un análisis tan divergente, y esa diferencia la denominó *corrupción*, pero ¿qué significa exactamente la corrupción? Maquiavelo parece identificarla con un tipo de comportamiento egoísta, particularista y estrechamente vinculado a la defensa de intereses privados. En una sociedad no corrupta los ciudadanos buscan únicamente vivir en libertad, sin inseguridad ni tiranía. La mejor forma de asegurar esa libertad no es otra que convertirnos en fieles servidores del bien público.

cén; estudio preliminar de L. DIEZ DEL CORRAL), Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1983, 34.

<sup>71</sup> Cf. R. DEL ÁGUILA, «Maquiavelo y la teoría política renacentista», o.c., 113.

<sup>72</sup> *Discursos* I, 2, 4.



La corrupción surge entonces cuando los ciudadanos persiguen solo intereses particulares, arriesgando la seguridad de todos por el beneficio de unos pocos. La unidad de la ciudad debe ser garantizada por un comportamiento no-corrumpo dentro de un contexto de pluralidad de opinión en los asuntos públicos. Tal unidad se consigue en la vida diaria a través de la interacción. El peligro surge cuando la pluralidad se convierte en faccionalismo de intereses particulares, esto es, cuando la esfera pública se *privatiza*.

¿Cuál sería el marco institucional que garantizara ese comportamiento virtuoso y no-corrumpo? El concepto de *necesidad* juega aquí un papel fundamental. Para Maquiavelo los hombres harán el mal a menos que se vean obligados, por la necesidad, a otra cosa<sup>73</sup>. La misma necesidad que obliga al nuevo príncipe a comportarse estratégicamente y sin escrúpulos es la que, dadas ciertas condiciones históricas, empujaría a los hombres aun comportamiento políticamente virtuoso. Pues bien, las *instituciones* y las *leyes* que perduran son precisamente aquellas que recrean una suerte de *necesidad artificial* que hace que los individuos tengan que comportarse con *virtù*. Es decir, las leyes e instituciones, lejos de eliminar el conflicto deben canalizarlo, manteniendo la pluralidad, al mismo tiempo que mantienen una vigilancia y disciplina cívica, no exenta de valores militares que impide que la comunidad caiga en el faccionalismo.

#### 4. VIRTUD, FORTUNA Y NECESIDAD

Para algunos intérpretes no existe en Maquiavelo una doctrina sobre la *virtù* y nuestro autor se limita a usar alternativamente el término en sus significaciones paganas (energía de la voluntad) cristianas (acciones moralmente buenas). Otros consideran el término como inseparable de sus acepciones morales o bien una suerte de ética pagana<sup>74</sup>. Un grupo importante de analistas definen el concepto, siguiendo un uso muy extendido en el Renacimiento, como una energía, una habilidad para decidir y actuar con determinación, dejando de lado, precisamente, toda consideración de índole ética<sup>75</sup>. Si se acepta esta interpretación, que parece bastante plausible, el problema residiría en aislar su campo de aplicación, esto es, en hacer de él un término exclusivamente referido a la *virtù* militar o extenderlo a otras esferas de actividad. Parece aconsejable unir a sus

<sup>73</sup> *El príncipe*, cap. XXIII.

<sup>74</sup> R. RENAUDET, *Maquiavelo*, Tecnos, Madrid 1956; I. BERLIN, «La originalidad de Maquiavelo», en ID., *El estudio adecuado de la humanidad. Antología de ensayos*, FCE, Madrid 2009.

<sup>75</sup> CE P. VILLARI, *Maquiavelo, su vida y su tiempo* (Versión española de A. Ramos-Oliveira y J. Lucifora), Biografías Gandesa, México 1953; F. CHABOD, *Scritti su Machiavelli*, Einaudi, Torino 1964 (trad. esp., F.C.E., México 1984); J. BURCKHARDT, *La cultura del Renacimiento en Italia* (trad. de J. A. Rubio), Madrid 1941.

significados militares los propiamente políticos, puesto que la *virtù* referida a habilidad en el campo político y militar, que es siempre el tipo de *virtù* que Maquiavelo opone a la fortuna, es el uso más importante del término en su obra.

Pero, además, y dependiendo de con qué imagen de la política la encontremos asociada, la *virtù* puede considerarse no solo habilidad en campos específicos sino también como una *clase de sabiduría* y de autocontrol. La sabiduría es necesaria tanto al fundador como al ciudadano para hacerles apreciar que nuestros intereses particulares solo pueden ser fructíferos perseguidos a través del bien común. Pero también es necesaria al nuevo príncipe para llevar a cabo sus acciones de acuerdo con una racionalidad estratégica muy precisa que impida su aniquilamiento.

El concepto de *virtù* denota la excelencia con que el hombre responde a las oportunidades ofrecidas en el mundo bajo la forma de la fortuna. Su significado se expresa mejor con el término *virtuosismo*, es decir, la superioridad que atribuimos en las artes interpretativas (distintas de las artes creativas del hacer), en las que el logro está en la interpretación misma y no en el producto final. La calidad de virtuosismo de la *virtù* de Maquiavelo en cierta medida recuerda el hecho —desconocido por Maquiavelo— de que los griegos siempre usaron metáforas como la de tocar la flauta, bailar, curar y navegar para diferenciar la política de las demás actividades, es decir, que tomaron sus comparaciones de las artes en las que es decisivo el virtuosismo en la ejecución. Como toda acción contiene un elemento de virtuosismo, ya que el virtuosismo es la excelencia que adjudicamos a las artes de la ejecución. Las artes interpretativas tienen una considerable afinidad con la política. Los intérpretes —bailarines, actores, instrumentistas, etc.— necesitan una audiencia para mostrar su virtuosismo, tal como los hombres de acción necesitan la presencia de otros ante los cuáles mostrarse.

En cuanto a la fortuna, en Maquiavelo y en general en todo el Renacimiento italiano, la fortuna había perdido sus elementos providencialistas y se había convertido en una diosa cruel y caprichosa. En opinión de algunos intérpretes nos hallamos ante un aspecto mítico de su teoría que sirve a la descripción o, mejor, que sirve para nombrar lo desconocido<sup>76</sup>. Otros consideran que la fortuna es un dios secularizado y mistificado<sup>77</sup>. En todo caso, parece que la discusión sobre la fortuna surge como consecuencia de una ambigüedad en su uso por Maquiavelo. En efecto, parecería que en algunas ocasiones la fortuna está referida a lo inesperado de un acontecimiento contingente, mientras que otras se

<sup>76</sup> Cf. E. CASSIRER, *El mito del Estado*, FCE, México-Buenos Aires 1947; F. CHABOD, *Scritti su Machiavelli*, Einaudi, Torino 1964 (trad. esp., F.C.E., México 1984).

<sup>77</sup> L. STRAUSS, *Meditación sobre Maquiavelo* (trad.), I.E.P., Madrid 1964.

utiliza para describir de forma racional, la constelación de fuerzas sociales en las que el evento se desenvuelve.

La idea de fortuna en Maquiavelo hace referencia a la incapacidad del hombre para preverlo y controlarlo todo, siendo en consecuencia lo inesperado un aspecto esencial de la vida política. En cuanto a la relación entre *virtù* y fortuna, las dificultades se acrecientan. En más de un sentido, la *virtù* debe considerarse como una suerte de defensa estratégica contra los golpes de la fortuna<sup>78</sup>, un recurso en manos del hombre para mitigar los impactos de lo imprevisible<sup>79</sup>. Así, la *virtù* se opone a la fortuna como una forma de práctica política que permite al hombre ser su propio amo en un mundo variable e inconstante. Por eso Maquiavelo dirá que quien confía en la fortuna es más débil o viceversa<sup>80</sup>.

Conviene aclarar que la *necesidad* juega un papel distinto al de la fortuna. La necesidad puede actuar como un multiplicador de la *virtù* y, de hecho, así funcionó en Roma o en aquellas ciudades que supieron recrear a través de leyes e instituciones una necesidad artificial de comportamiento virtuoso. Fortuna y *virtù*, en cambio, mantienen entre sí una interconexión de términos excluyentes pero que a la vez se requieren mutuamente. Lo que ocurre es que el tratamiento de este polo de tensión se hace ambiguo al preguntarse por las formas en la que se establece y funciona, cuestión para la que existen las más variadas respuestas. Algunas utilizan la metáfora de la fortuna como torrente que es imposible dominar pero que eventualmente podría controlarse con presas<sup>81</sup>; otras nos enseñan que ella gobierna solo la mitad de los asuntos humanos, dejando la otra mitad a nuestro propio gobierno (*capítulo de la fortuna*). Sin embargo, pese a todo ello, el mensaje de Maquiavelo no es de total pesimismo. Puesto que la fortuna es mujer, nos dirá, a menudo se rinde a aquellos que actúan impetuosamente<sup>82</sup>.

La palabra *fortuna*, tomada de la Antigüedad clásica, encierra todo lo que en el curso de la naturaleza está más allá de lo que el hombre puede prever. Viene a representar lo arbitrario, lo imprevisible, lo que está más allá del alcance del control humano, y sin embargo, interviene en el desarrollo de la acción política. La expresión clásica del papel que tenía la fortuna en el sistema medieval se encuentra en un famoso pasaje del *Infierno* de Dante<sup>83</sup>. Virgilio es quien le enseña a Dante cuál es la verdadera naturaleza y función de la fortuna. Los hom-

<sup>78</sup> *Discursos*, I, 4; III, 99; *El príncipe*, cap. XIV.

<sup>79</sup> *Discursos*, II, 30.

<sup>80</sup> *Discursos*, II, 30; *El príncipe*, cap. VI.

<sup>81</sup> *El príncipe*, cap. XXV.

<sup>82</sup> *El príncipe*, cap. XXV.

<sup>83</sup> DANTE, *Divina comedia, Infierno*, VII, 67 ss.

bres, le dice, tiene el hábito de hablar de la fortuna como si ésta fuera un ser independiente. Pero esta idea proviene solamente de la ceguera humana. Cuanto hace la fortuna lo hace, no en su nombre propio, sino en nombre de un poder más alto. Los hombres la alaban cuando los favorece y la insultan cuando ella los insulta. Tan necia es una actitud como la otra. La fortuna no puede censurarse ni ensalzarse pues carece de fuerza propia, y no es más que el agente de un principio superior. Cuando actúa lo hace bajo la dirección de la divina providencia, la cual le asignó la tarea que tiene que cumplir en la vida humana. Por tanto, está más allá del juicio de los hombres.

Este elemento cristiano desaparece de la descripción de Maquiavelo, vuelve a la concepción pagana, a la de los griegos y romanos. Pero por otro lado, introduce un elemento nuevo que es específicamente moderno. Es cierta la idea de que la fortuna rige al mundo, pero es cierta a medias. El hombre no está sometido a la fortuna, debe elegir y gobernar su rumbo. La fortuna del florentino no es una realidad inmanente al mundo de lo humano, sino trascendente, si bien se trata aquí de una trascendencia que ha dejado de ser cabalmente cristiana. Ella es el resultado de *la secularización de la idea cristiana de providencia*; es a modo de una componenda o compromiso entre la idea de Dios y la idea de universo regido por leyes ciegas e inescrutables. Maquiavelo la presenta como una fuerza natural, viene a ser equiparada a la "condición de los tiempos", le concede el cincuenta por ciento de parte en el movimiento de las cosas humanas<sup>84</sup>, si bien, frente a la fatalidad de la fortuna el hombre no debe perder la esperanza, la *fortuna* sólo gobierna la mitad de nuestros actos.

En el capítulo XXV explica cuáles son las reglas tácticas que deben aplicarse para vencer la fortuna. El hombre tiene que ser tímido y valeroso, reservado e impetuoso. Quienquiera que desee competir con la fortuna tiene que dominar ambos recursos: tiene que conocer la táctica ofensiva y la defensiva, y saber pasar de la una a la otra de una manera inesperada y repentina. Personalmente, prefiere la ofensiva: «considero que es mejor —escribe— ser impetuoso que esquivo, pues la fortuna es mujer, y si hay que someterla, conviene contrariarla y dominarla». Es preciso que la *virtù* venza a la *fortuna*. Si ésta es astuta, también aquélla debe serlo. La sabiduría del hombre consiste en saber adaptarse a la condición de los tiempos: por una parte, en saber atrapar la "oportunidad" (ocasión) que brinda la fortuna; por otra, en la capacidad de previsión de los cambios de fortuna para dominarla, esto es, la capacidad de prepararse a tiempo para contenerla. Con esto queda desvelada a los ojos de Meinecke la esencia

<sup>84</sup> *El príncipe*, caps. XVI, XVII y XXV.

misma del maquiavelismo. En el obrar político es lícito el empleo de medios impuros cuando esos medios importan para el mantenimiento del poder.

Las descripciones de las relación *virtù*-fortuna en la obra maquiaveliana son múltiples y en más de un aspectos irreconciliables. La auténtica coherencia de Maquiavelo hay que buscarla no en su solución al problema sino en la estructura del planteamiento y en su propia contradictoriedad. Maquiavelo extrae una postura completamente normativa y producto de una decisión ética: sean cuales fueren las circunstancias adversas, nunca debemos ceder, nunca hemos de rendirnos, porque siempre podemos al menos luchar y a veces incluso derrotar a la cruel fortuna<sup>85</sup>. Como él mismo decía citando a Boccaccio, es mejor actuar y arrepentirse que no actuar y arrepentirse igualmente.

El hiperactivismo parece ser entonces la consecuencia fundamental de su teoría sobre la relación *virtù*-fortuna, y tal cosa es a la vez un triunfo y un fracaso de su programa reflexivo. Un triunfo porque dota de una cierta coherencia a la *virtù* práctica con la que los humanos han de enfrentarse al mundo y porque mueve a la acción política incluso en condiciones adversas. Pero, al mismo tiempo, el fracaso de su programa consiste en el reconocimiento del *voluntarismo* como motor último de nuestras acciones. Tanto la metáfora de la fortuna como mujer a la que hay que subyugar con astucia como la exigencia de coraje, determinación y esperanza en circunstancias adversas, dan a su análisis un tinte nada racionalista, nada científico, que, en definitiva, procede de aquel *deber de non abandonarse mai*.

Según él, hombre del Renacimiento una vez más, todo lo que nos rodea se encuentra en un constante estado de flujo nada permanece igual a sí mismo por mucho tiempo. Ni el más virtuoso de los comportamientos ni la más extraordinaria de las fortunas pueden detener ese cambio continuo y la incertidumbre consiguiente. El razonamiento circular se completa, pues, de la siguiente manera: *virtù*-conquista-paz y prosperidad-ocio-corrupción-*virtù*. La única fórmula que los hombres tienen a su disposición para romper ese círculo y su determinación es tratar de evitar la relación entre paz y prosperidad, por un lado, y ocio y corrupción, por otro. Maquiavelo considera posibles tres vías:

1. Mantener a los ciudadanos pobres o en un cierto grado de igualdad social que impida la aparición de jerarquías de riquezas excesivas<sup>86</sup>. Los intereses de la comunidad deberían ser puestos por delante de los intereses particulares.

<sup>85</sup> *Discursos*, II, 29.

<sup>86</sup> *Discursos*, I, 37; II, 19; III, 16, 25.

2. Mantener leyes e instituciones que recreen continuamente la necesidad "artificial" de comportamiento virtuoso.
3. Mantener vivos los viejos usos y costumbres por medio de un retorno de tiempo en tiempo a los orígenes de la comunidad y sus valores<sup>87</sup>. Esta fórmula se dirige a asegurar la unidad de la comunidad.

Los tres elementos apuntan a intentar evitar la corrupción al mantener a los ciudadanos en el papel de servidores del bien público y activos participantes en los procesos creadores de valores e instituciones de su comunidad. Así, la prueba de su autonomía sería para Maquiavelo la voluntad de defender por las armas la república, lo que constituiría la última *ratio* de un clima moral comunitario y de una materia política no corrupta.

Pero, incluso con la utilización de estos recursos, el florentino no es optimista: no hay comportamiento virtuoso que pueda refrenar el flujo de los tiempos. Hay que aceptar la realidad sin ilusiones ni utopías y admitir las leyes que rigen lo real, una vez establecidas éstas a través de un análisis de la *verità effettuale della cosa*. Y ese análisis nos enseñará algo que va a convertirse en el eje argumental de la teoría maquiaveliana de la política: los principios que rigen las acciones humanas (la naturaleza humana) no coinciden con lo que la argumentación moral nos describe (el discurso sobre cómo deberían ser nuestras relaciones con los demás), ni tampoco con aquellas leyes básicas que gobiernan el movimiento real del mundo político (fortuna). De esta escisión surgen algunas de las tensiones fundamentales como las que hemos señalado ya. También aquella contradicción entre ética y política.

En estas condiciones su teoría parece tomar un tinte *estratégico*: cualquier medio, por inmoral o cruel que parezca, es legítimo si con él se consigue el fin político por antonomasia, seguridad y autonomía. Es, pues, como resultado de la tensión entre *virtù* y fortuna que surge esta nueva y más evidente tensión entre medios políticos inmorales y código ético cristiano. A este respecto no hay diferencias insalvables entre la perspectiva adoptada en *El príncipe* y la de los *Discursos*. Si en el primer texto la intención es *mantenere lo Stato*, idéntica finalidad se aprecia en el segundo. Es cierto que el sujeto de esta actividad es distinto en ambos casos, pero parece que sería la comunidad como un todo la que participaría de los beneficios del logro del fin político tanto en principados como en repúblicas. Y si los ejemplos de crueldad abundan en el comportamiento del príncipe, no son menos numerosos cuando se hace referencia a un *vivere civile e*

---

<sup>87</sup> *Discursos*, III, 1.

*libero*. Baste recordar el asesinato de los hijos de Brutus por el bien de la República<sup>88</sup>.

Todo resulta tan incierto —parece decirnos—, es todo tan inseguro que acudir a medios desesperados y terribles no es más que parte de nuestra propia condición como hombres arrojados a un mundo extraño y amenazador. «Si Maquiavelo es el fundador de los tiempos modernos —escribe Rafael del Águila—, la modernidad se presenta en él con su aspecto trágico, una tragedia sin catarsis, porque su instrumento de purificación es la política, de la que la catarsis está ausente por definición. Y la melancolía en todo esto está en su imagen del hombre como un ser que lucha desesperadamente, aun sabiendo que todo está contra él, por lograr un lugar en el mundo al que pueda llamar suyo»<sup>89</sup>.

## 5. BIBLIOGRAFÍA

- ÁGUILA, R. DEL, «Maquiavelo y la teoría política renacentista», en F. VALLESPÍN, (ed.), *Historia de la teoría política*, Alianza Editorial, Madrid 1991, vol. 2, 71-175.
- \_\_\_\_\_, «Razón de Estado y razón cívica», en *Claves de razón práctica*, núm. 52, mayo 1995.
- ARENDT, H., *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Península, Barcelona 1996.
- BERLIN, I., «La originalidad de Maquiavelo», en ID., *El estudio adecuado de la humanidad. Antología de ensayos*, FCE, Madrid 2009.
- BURCKHARDT, J., *La cultura del Renacimiento en Italia* (trad. de J. A. Rubio), Madrid 1941.
- CASSIRER, E., *El mito del Estado*, FCE, México-Buenos Aires 1947.
- CANTARINO, E., «El concepto de razón de Estado en los tratadistas de los siglos XVI y XVII (Botero, Rivadeneira y Settala)», revista *Res publica*, 2, 1998, 7-24.
- CID VÁZQUEZ, M.T., *Tacitismo y razón de Estado en los comentarios políticos de J.A. de Lancina*, Fundación universitaria Española, Madrid 2002.
- CONDE, F. J., *El saber político en Maquiavelo*, C.S.I.C., Madrid 1948. (Reed. R.O., Madrid 1976).
- CROSSMANN, R.H.S., *Biografía del Estado Moderno*, Fondo de Cultura, México 1965.
- CHABOD, F., *Scritti su Machiavelli*, Einaudi, torino 1964 (trad. esp., F.C.E., México 1984).
- CHEVALLIER, J.J., *Los grandes textos políticos desde Maquiavelo a nuestros días*, Aguilar, Madrid 1955.

<sup>88</sup> Discursos, III, 3.

<sup>89</sup> R. DEL ÁGUILA, «Maquiavelo y la teoría política renacentista», o.c., 130.

- DIEZ DEL CORRAL, L., *La monarquía hispánica en el pensamiento político europeo: de Maquiavelo a Humbolt*, R.O., Madrid 1975 (en *Obras Completas*, t. 3, Centro de Estudios políticos y constitucionales, Madrid 1998, 2055-2493).
- \_\_\_\_\_, «Perplejidades de Maquiavelo ante el mundo político romano», en *Obras completas*, t. 3, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1998, 3527-3536.
- \_\_\_\_\_, *El pensamiento político de Tocqueville. Formación intelectual y ambiente histórico*, en *Obras completas*, t. 3, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1998.
- GARCÍA-PELAYO, M., *Federico II de Suabia y el nacimiento del Estado moderno*, Fundación Manuel García-Pelayo, Caracas 2004.
- \_\_\_\_\_, «Sobre las razones históricas de la razón de Estado», en *Del mito y de la razón en el pensamiento político*, Revista de Occidente, Madrid 1968.
- GILBERT, A.H., *Machiavellis's "Prince" and its Forerunners. "The Prince" a Typical Book De Regimine Principum*, Duke University Press, 1938.
- GILBERT, F., *Machiavelli and Guicciardini. Politics and History in The Sixteenth Century Florence*, Princeton University Press, 1965.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, E., *Entre la razón de Estado y el Estado de Derecho. La racionalidad política*, Dykinson, Madrid 1997.
- FLEISHER, M. (ed.), *Machiavelli and the Nature of Political Thought*, Atheneum, Nueva York 1972.
- JOUVENEL, B. DE, *Los orígenes del Estado moderno. Historia de las ideas políticas en el siglo XIX*, Editorial Magisterio Español, Madrid 1977.
- KANTOROWICZ, E., *Frederick the Second* (trad. Inglesa E. O. Lorimer), Constable & Co, London 1931.
- MARAVALL, J.A., *Estudios de Historia del pensamiento español (Serie tercer: siglo XVII)*, Cultura Hispánica, Madrid 1975, (Reed. 1991).
- MAQUIAVELO, *El príncipe, El arte de la guerra, Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Vida de Castruccio Castracani, Discursos sobre la situación de Florencia*, (estudio preliminar por J.M. FORTE MONGE), Gredos, Madrid 2010.
- MATTEL, R. de, "Carlos V, la razón de Estado y Monseñor della Casa", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 197-108 (1958), pp. 211-218.
- \_\_\_\_\_, «Il problema della Ragion di Stato nel Seicento (Origini e fortuna della locuzione Ragion di Stato)», *Rivista Internazionale di Filosofia del Diritto*, XXVI (1949), pp. 185-210.
- \_\_\_\_\_, «Il problema della Ragion di Stato nel Seicento (Ratio Status e Ius publicum)», R.I.F.D., XXXI (1954), pp. 369-384.
- MEINECKE, F., *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna* (trad. de F. González Vicén; estudio preliminar de L. DIEZ DEL CORRAL), Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1983 (primera edición, I.E.P., Madrid 1959).
- MOSCA, G., *Historia de las doctrinas políticas*, Reus, Zaragoza 2008.
- NAVARRO, L., *Maquiavelo, obras políticas*, El Ateneo, Buenos Aires 1957.



- NEGRO PAVÓN, D., *Historia de las formas del Estado. Una introducción*, El buey mudo, Madrid 2010.
- PITKIN, H.F., *Fortune is a Woman. Gender and Politics in the Thought of Niccolò Machiavelli*, California University Press, Los Ángeles y Londres 1984.
- RENAUDET, A., *Maquiavelo*, Tecnos, Madrid 1956.
- RIDOLFI, R., *Vita di Nicolò Machiavelli*, Sansoni, Florencia 1978.
- ROBLES, G., *Sociedad, Historia y Derecho en la Obra de Ortega y Gasset*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense, Madrid 1975.
- SANTAELLA LÓPEZ, M., *Opinión pública e imagen política en Maquiavelo*, Alianza Universidad, Madrid 1990.
- SILIÓ CORTÉS, C., *Maquiavelo y su tiempo*, Espasa-Calpe, Madrid 1946.
- SKINNER, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, t. 1, (trad. J.J. Utrilla), F.C.E., México 1985.
- STRAUSS, L., *Meditación sobre Maquiavelo* (trad.), I.E.P., Madrid 1964.
- TOCQUEVILLE, A., *Democracia en América*, (Introd., ed. crítica y trad. a cargo de E. NOLLA), Trotta, Madrid 2010.
- TOMÁS Y VALIENTE, F., *A orillas del Estado*, Taurus, Madrid 1996.
- VILLARI, P., *Maquiavelo, su vida y su tiempo* (Versión española de A. Ramos-Oliveira y J. Luelmo), Biografías Gadesa, México 1953.
- VISSING, I., *Machiavel et la Politique de l'Apparence*, Presses Universitaires de France, Paris 1986.